

Las manos de Orlac

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Les mains d'Orlac*
En cubierta: fotografía de © Pattadis Walarput / iStock.com
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Prólogo, traducción y notas de Mauro Armiño
© Ediciones Siruela, S. A., 2021
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
www.siruela.com
ISBN: 978-84-18708-51-0
Depósito legal: M-8.166-2021
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Maurice Renard

LAS MANOS DE ORLAC

Prólogo, traducción y notas
de Mauro Armiño

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

Prólogo de Mauro Armiño	9
-------------------------	---

LAS MANOS DE ORLAC

<i>Preámbulo</i>	37
------------------	----

PRIMERA PARTE

LOS SIGNOS

I La catástrofe de Montgeron	41
II El as de la cirugía	53
III El señor Orlac padre, espiritista	62
IV El señor de Crochans, pintor de almas	70
V Cirugía	77
VI Fantasmas	88
VII El cuchillo y el piano	101
VIII La idea fija	112
IX La banda infrarroja	124
X Desclasado	134
XI El fantasma palpable	144
XII El buen complot	157
XIII Necromancia	164

SEGUNDA PARTE
LOS CRÍMENES

I	El billete veneciano y el «malabarista insensible»	175
II	Espectrófeles	188
III	El Sâr Melchior	196
IV	La noche del misterio	202
V	El extraño asesinato de la calle de Assas	214
VI	El misterio se confirma	225
VII	Crimen sobre crimen	236
VIII	Cointre manos a la obra	244
IX	Tinieblas	255
X	El aparecido	264
XI	Confesión	277
XII	En la Conciergerie	291
XIII	La ratonera	306

A Alfred Gamet

Preámbulo

El título de esta historia despertaría, sin duda, más de un recuerdo en el espíritu del lector si el nombre propio que se ve figurar en ella no fuera más que un nombre supuesto.

A poco que fuera verdadero, recordaría a la vez a un artista cuya fama conoció el brillo fugitivo de las estrellas fugaces, y cierto caso criminal sobre el que los periódicos guardaron el silencio más extraño después de haberlo consignado tímida y misteriosamente.

Como un submarino que navega sumergido, con solo el periscopio emergiendo, la aventura no ha mostrado en la superficie del siglo más que un pequeñísimo y ridículo punto de ella misma.

Como tengo la fortuna de conocerla punto por punto, sorprendido por su carácter al mismo tiempo extravagante y real, y encantado por esa doble naturaleza —sin saber demasiado si conviene preferir en ella la inverosimilitud o la verdad, lo fantástico o su explicación—, he cedido al deseo de contarla al detalle, aunque el oficio de narrador no sea el mío.

Si pudiera pasar al lector mi tarjeta de visita, sabría, en efecto, que me llamo Gaston Breteuil y que ejerzo en París la profesión de periodista judicial.

Gracias al mayor de los azares, el torbellino de estos acontecimientos me atrapó en su trayecto y, en menos de tres minutos,

me encontré, transportado de la indiferencia a la estupefacción, ante el cadáver más extraordinario que un mortal sea admitido nunca a contemplar.

Ya hacía mucho tiempo que se desarrollaba esta historia singular cuando fui llamado a jugar, entre sus personajes, el papel borroso de figurante atento; y es de la señora Orlac de quien tengo el relato del inicio. Conviene que la circunstancia sea anotada, porque permitirá comprender por qué la señora Orlac invade, en cierto modo, los primeros capítulos, y cómo es que todo parece reflejado en el espejo de su alma, de su espíritu y de su corazón.

Si yo fuera un narrador, lo habría evitado; y sin duda también habría iniciado la historia por la mitad, si no por el epílogo, como hacen nuestros novelistas más expertos, a fin de dar desde el principio el gran golpe. Pero me ha desagradado romper el inaudito *crecendo* de terror y de curiosidad que hace de *Las manos de Orlac* una progresión bastante extraña.

Además, el principio ya no es tan banal.

PRIMERA PARTE

LOS SIGNOS

La catástrofe de Montgeron

Por lo que se refiere a la señora Orlac, la historia comienza el 16 de diciembre, a las 23:10 h.

Fue en ese momento cuando el empleado con gorra blanca cruzó la estación de la PLM¹.

Tras surgir de un despacho, se dirigía hacia las Salidas corriendo y gritando:

—¡Impidan partir al 49!

Entonces los presentimientos de la señora Orlac se convirtieron en angustia. Y al mismo tiempo supo que el malestar que había estado sufriendo todo el día era eso: presentimientos.

Porque lo propio de los presentimientos es no desvelar su verdadera identidad sino después de haber desaparecido y cuando los hechos han venido a confirmar a la criatura que tenía buenas razones para estar triste, inquieta y nerviosa. Buenas razones futuras.

Hasta entonces, Rosine Orlac no había sospechado que fuera sombría por anticipación. Aquella vaga melancolía, aquel

¹ La estación parisina de Lyon. La compañía ferroviaria de París-Lyon-Mediterráneo (PLM), creada en 1857 a partir de la fusión de otras compañías que ofrecían servicio en algunas secciones de ese trayecto, atendía al sudeste de Francia, en especial, los lugares de vacaciones: la Costa Azul, la Provenza, las Cevenas y los Alpes. En 1930 pasó a formar parte de la empresa ferroviaria pública francesa (la SNCF [Sociedad Nacional de Ferrocarriles Franceses]).

pequeño terror latente que habían hecho presa en ella desde por la mañana no eran en su caso inéditos. Mujer en grado superlativo, rubia y parisina, a veces le pasaba que veía oscurecerse todo, como si una nube hubiera ocultado de forma pasajera el sol. No sabía por qué. No trataba de saberlo. «Todo el mundo es así». Al día siguiente, al despertarse, la nube había pasado, y la vida parecía de nuevo totalmente soleada...

¡Pero esta vez no era lo mismo! ¡Oh, no! Se convenció de repente. Sobre todo, porque la alegría de reunirse con Stéphen debería haber expulsado de aquel día cualquier mariposa negra...

¿Stéphen?

Stéphen. Su marido muy amado. Stéphen Orlac, el célebre pianista virtuoso, simplemente.

La víspera, él había dado un gran concierto en Niza. Su ausencia solo había durado cuarenta y ocho horas. Pero Rosine no podía estar separada de él sin sentirse desolada, y los días de encuentro eran grandes fiestas en las que su corazón se engalanaba.

Hacía un cuarto de hora largo que aguardaba la llegada del rápido de Marsella.

La admiración de los hombres la había envuelto al bajarse de su automóvil y algunos, para seguir a la joven, habían comprado, como ella, un billete de andén.

Como siempre, Rosine Orlac era un objeto de contemplación y de deseo. Veintitrés años, todas las gracias, una cabellera de Melisande² y el rostro más interesante que se pueda ver.

Todo lo que las envidiosas encontraban que criticar en ese rostro es que los ojos eran demasiado grandes y la boca demasiado pequeña. La más arpía había pretendido que eran unos ojos de giganta y una boca de enana... Es comprensible la vanidad

² Nombre de origen germánico y medieval al que había dado nueva vida la pieza de teatro del dramaturgo simbolista Maurice Maeterlinck *Peleas y Melisande* (1893); esta leyenda de pasión y de celos fue convertida en ópera, con el mismo título (1902), por Claude Debussy (1862-1918).

de semejante crítica. A decir verdad, los ojos de Rosine eran los más admirables con que jamás floreció una carita angelical. No solo eran inmensos, como si esta niña hubiera sido creada para *ver*—para *ver*, ante todo—, sino que, con no se sabe qué prestigio singular, reflejaban tanta dulzura como inteligencia y tanto espíritu como pureza. Y todos aquellos hombres que miraban a Rosine a la claridad del arco voltaico comprendían de inmediato, cuando Rosine los miraba, que su ambición debía limitarse al placer de la vista.

Por eso no se privaban de aprovechar ese placer, lo cual hizo que la mayoría se enterara de la mala nueva por el reflejo lívido que produjo sobre la cara de la señora Orlac.

El hombre de gorro blanco acababa de pasar, y el rápido se retrasaba.

Rosine sintió que palidecía hasta el corazón. Sus párpados, de repente pesados, se negaban a seguir abiertos. Las tinieblas velaban el mundo. Se tambaleó. Pero nadie se lanzó para sostenerla. Las palabras del jefe de estación habían disparado la alarma.

—¡Impidan partir al 49!

Nadie conocía a aquel hombre, pero se veía de sobra que no era el de costumbre y que tenía cara de incidente.

Lo rodeaba y lo seguía un grupo cada vez mayor de gente que acudía de todas partes. Rosine, temblando, se sumó a él, diciendo, como los demás:

—¿Qué pasa?

Con la mirada fija, el jefe de estación proseguía su camino.

Cuando se hubo asegurado de que el 49 no partiría, dijo por fin, de una manera feroz y consternada:

—El rápido n.º 2 ha chocado en Montgeron³...

Una mujer se desvaneció suavemente.

—¿Hay víctimas? —dijo una voz ahogada.

³ Comuna francesa, a 19 kilómetros de París, en el departamento del Essonne (región Isla de Francia).

—Probable...

Otros gemían. Las preguntas asaltaban al funcionario.

Sin esperar, Rosine se dirigió hacia la salida, atravesó la multitud ignorante que esperaba al otro lado de las barreras y se precipitó hacia su automóvil.

—¡Félix! ¡A Montgeron! Deprisa. El tren del señor ha descarrilado...

Se ahogaba.

—¿Dónde está eso de Montgeron? —preguntó el mecánico.

—No tengo ni idea. Sé que no está lejos. En la línea del ferrocarril, seguro. Siga la línea del PLM.

—Siga la línea, siga la línea... —repetía el otro moviendo la cabeza y sin moverse.

Pero algunas personas salían de la estación deprisa y corriendo. Un caballero, correctamente vestido, se detuvo:

—¿Quieren ir ustedes a Montgeron? Conozco el camino. Esperaba a alguien como ustedes. Yo les guiaré...

—¡Oh, señora, lléveme a mí también!

Eran siete u ocho.

—¡Suban, suban! —dijo Rosine—. Pero deprisa. ¡Oh, Dios mío!

Se amontonaron en la pequeña limusina. Fuera, hombres y mujeres corrían, llamando a gritos a los chóferes. El coche arrancó.

Rosine, atrapada, oía a sus compañeros de circunstancia cambiar impresiones. Unos olores se exhalaban de aquellos extraños. No se preocupaban por su anfitriona.

—El jefe de estación ha dicho que iba a enviar trenes de ayuda que traerían a los supervivientes.

—¿Y ha dicho si había muchos muertos?

—Como puede suponer, prefiero ir a ver; si mi hijo está herido...

—Ya ve lo que nos ha pasado a nosotros —dijo un voluminoso y grueso padre—: mi nuera no debía volver hasta mañana; pero se le metió en la cabeza...

La noche era oscura. El frío picaba. Ya estaban fuera de París. El automóvil corría a toda velocidad por una carretera recta empujando delante de él el claro de luna ficticio de sus faros. Junto al mecánico, el señor que sabía dónde estaba Montgeron se levantaba el cuello de su gabán. Una mujer vieja, sentada como un conejo, crispaba sobre el engrasador su mano huesuda.

El coche se detuvo ante una señal de tráfico y volvió a ponerse en marcha. El alma de la velocidad obsesionaba a todos. Su organismo proporcionaba no se sabe qué energía interior, no se sabe qué derroche vano que tenía la secreta pretensión de ayudar al motor y de concurrir a la velocidad de la carrera.

Mientras tanto, Rosine se esforzaba por organizar dentro de sí misma una Rosine llena de sangre fría. Pensaba: «Quizá no haya tomado ese tren... Quizá lo ha tomado y solo está herido... Si está herido, quizá no sea nada».

Pero, pese a los esfuerzos que hacía, la otra hipótesis la obsesionaba, y obsesionaba también a todos los seres humanos a los que llevaba en su automóvil sin conocerlos.

El gordo papá que tenía una nuera hizo un movimiento compresor, y dijo:

—Estamos llegando.

Un resplandor rojizo centelleaba delante de ellos. Era humo, que un brasero iluminaba por debajo.

La catástrofe se había producido a cierta distancia de la estación, por el lado de París.

Aún no se había organizado el servicio de seguridad. Rosine pudo avanzar libremente. Sus tacones Luis XV la hacían tropezar en la sombra, sobre piedras, terrones endurecidos por la helada, matorrales, los mil estorbos de la tierra siniestrada. Tiritaba, y pensó que se desmayaba con el siniestro ruido del desastre.

En la oscuridad se adivinaba algo formidable. Unas formas duras levantaban la silueta de un montón de chatarras. Unas linternas, pobres estrellas amarillas, circulaban de un lado a otro. Hasta se veían vagar lámparas de interior, que el viento soplaba de forma perversa. Y por todas partes gente que corría...

El cobre de los cascos lanzaba centelleos. Con el resplandor del brasero, que los bomberos anegaban de agua, dos locomotoras encabritadas, retorcidas, se penetraban una a otra tras el choque. Y, detrás de los gritos, de las llamadas, de los aullidos, de los llantos, de las órdenes ansiosas, de las respuestas enloquecidas que componían el horrible clamor infernal, se sentía con espanto un silencio profundo como la muerte.

Rosine gritó con una voz sobreaguda, afeada por la ansiedad:
—¡Stéphen!... ¡Stéphen!... ¡Stéphen!...

Desfilaban camillas apresuradas. Una multitud se agitaba en la sombra, junto a los vagones dislocados. Alguien gimió:

—¡Luz, Dios mío! ¡Luz!

A lo que un tono seco y autoritario replicó:

—El primer tren de socorro traerá un proyector. Calma, por favor.

Rosine, enloquecida, daba vueltas sobre sí misma, dirigiéndose a todo los que pasaban:

—Señor, ayúdeme, dígame... Busco a mi marido...

No decía «Stéphen Orlac, el pianista», porque había vivido demasiado tiempo entre los humildes para ignorar que un nombre célebre no siempre lo es en todas las clases, y que, aunque lo fuera, a veces es inútil proclamarlo.

Pero nadie le respondía. Cada cual, dedicado a una tarea exclusiva, a un deber imperioso, parecía un autómatas insensible, construido por una serie única de movimientos.

—¡Dios mío!, ¿es que no hay antorchas? —dijo la voz lastimera.

—¡No las encuentran! Van a encender hogueras... Los cables han sido arrancados en el accidente...

Apagado el fogón de las locomotoras, la noche se había cerrado vorazmente sobre las atrocidades de la catástrofe. Ya solo se veía gracias a las linternas portátiles. Rosine hurgó en su manguito y sacó una minúscula lámpara eléctrica. Manipuló el contacto. La joya produjo un resplandor de luciérnaga extenuado, la pila estaba moribunda.

Paseando con el brazo aquella especie de brasa fría, la señora Orlac empezó a caminar a lo largo de los escombros donde los salvadores se activaban por grupos. El círculo de claridad rojiza le fue mostrando poco a poco un horroroso pudín que acumulaba la madera, el hierro, la carne y todo lo que se puede soñar cuando os llega una pesadilla. El choque había ejecutado acrobacias inverosímiles: había construido, con los vagones, inmuebles de tres pisos; había mantenido el *dining-car*⁴ totalmente levantado, como una chimenea, y había reducido a uno solo, por un choque integral, dos largos coches.

Se evocaba, no sin estremecerse, el instante crítico del accidente, la estruendosa colisión que había producido semejante amalgama.

Lo más terrible era que aquel pastel contenía seres humanos: muertos, algunos de los cuales se veían aparecer aquí y allá, a trozos, aplastados, traspasados, confundidos a veces de color y de forma en el desorden apelmazado que los aprisionaba, otras veces yacentes, después de haber sido lanzados al aire como marionetas por un chiquillo estúpido; y también vivos, a algunos de los cuales se oía quejarse, a otros se los veía agonizar bajo el abrazo inerte de la materia, y otros permanecían invisibles en el seno de las ruinas, con el cuerpo abrazado por un brutal estuche.

—¡Luz! ¡Pero ¿nos va a dar luz de una vez?! ¿Y las hogueras? ¿Van a encenderlas, sí o no?

Luchando contra su desfallecimiento, Rosine se inclinaba sobre unos restos irreconocibles, interrogaba a pies separados, a manos en andrajos, que salían del montón como clavos que salen de una pared.

Un botón de puño de oro, ahora un tejido chafado alrededor de una muñeca lívida, llamó su atención. Saltó por encima de los despojos y se acercó...

No era lo que había temido.

⁴ Vagón restaurante.

—¡Eh, mujer! —dijo una voz a su espalda—. Hay que intentar dejar esto tranquilo. Venga conmigo.

Un gendarme la sujetaba por el codo.

—¡Oh, señor, señor! Estoy buscando a mi marido... Se lo suplico, ¡ayúdeme!

A la vista de aquellos grandes ojos puros, el gendarme comprendió de inmediato su error y soltó a Rosine. No era un gendarme corriente.

—Vaya a la estación —le dijo—. Están montando una sala de muertos y una sala de heridos.

Rosine echó a correr, sujetando su abrigo de piel, que se le caía.

«¿Quién sabe? —se decía—. ¡Es tan impresionante! Quizá no tiene nada y se ha ido como un loco por el campo. Con unos nervios como los suyos...».

En una sala de espera vio a los viajeros salvados. (¡Dios mío!, ¡no había pensado en eso! ¡Qué tonta!). Allí había gran cantidad de camas y de caballeros, casi todos con la cabeza descubierta, que hablaban de forma alborotada.

Dijo muy alto, alzando su voz por encima del barullo:

—¡Stéphen Orlac!... ¿Estás ahí, Stéphen Orlac?

Se hizo el silencio. Ella repitió la pregunta. Se obtuvo la misma respuesta. La recorrió un escalofrío, y pensó: «Quizá al volver a casa encuentre un telegrama: *tren perdido, tomaré siguiente, besos...*».

—¿Dónde están los heridos?

—Por ahí. ¡En Mensajerías! —dijo el interpelado sin detenerse.

Entró. Eran los muertos.

Echados en el suelo unos al lado de otros, formaban alrededor de la sala una calle horrible, un bancal macabro que se alargaba en una unidad cada vez que dos hombres del equipo de salvamento descargaban su camilla. Aquellos cadáveres estaban allí como equipajes.

Rosine les pasó revista, prolongando a veces su examen ante alguna miserable forma privada de todo carácter personal... ¡Ah, ella se acordaría de esos minutos!

Un ser hundido sollozaba a los pies de una mujer rígida; reconoció al señor que sabía dónde estaba Montgeron... Pero una alegría extraña la animaba a medida que avanzaba... Ciertamente era, por desgracia, que no todos los muertos estaban allí, y los heridos...

Los heridos yacían en una especie de vasto dormitorio improvisado, sobre colchones. Médicos civiles y militares, y enfermeras voluntarias, les prestaban los primeros auxilios. El aire ya olía a hospital.

Furtiva y discreta, Rosine lo recorrió.

Stéphen no estaba allí.

Era, desde luego, una gran decepción.

Tenía que volver a los lugares de la colisión... Pero, sola, ¿qué podía hacer?

Avisó a un médico con tres galones que se enjugaba las manos mirando con una especie de terror sus grandes ojos asustados.

—Señor —le dijo con audacia—, ¿tendría usted la amabilidad de ayudarme a encontrar a mi marido?... No está aquí, y veo que las camillas ya no llegan.

El médico militar lanzó una ojeada sobre los heridos, vio que el personal sanitario era más numeroso de lo razonable, y dijo con sencillez:

—¡Vamos, señora!

—El que buscamos es Stéphen Orlac, señor.

El otro hizo una reverencia inexpresiva.

Salieron juntos.

El frío aumentaba, pero la noche se iluminaba con antorchas que difundían un resplandor de horno. Por desgracia, solo habían iluminado un lado de aquel desbarajuste y era el que Rosine ya había recorrido.

—¡El proyector iluminará el otro! —había dicho un ingeniero.

El médico se apoderó de un farolillo, y contorneó la masa negra y desordenada donde las antorchas removían claridades

y sombras; ambos emprendieron su búsqueda por la cola del convoy chocado.

El primer tren de socorro llegaba por una vía lateral, con una lentitud circunspecta.

Los últimos vagones habían sufrido poco. Eran accesibles... y estaban vacíos. Pero el caos tenebroso que venía a continuación ofreció a la mirada de los buscadores el espectáculo más desolador. No había más que torsiones, desgarramientos, roturas, fragmentos, añicos y trozos.

—¡Allí! ¡Allí! —jadeó Rosine.

El farolillo iluminaba un trozo de tela de cuadros.

—Parece su chaqueta..., un faldón de su chaqueta.

Tiró de él; apareció un bolso. Hurgó en él: salió un pañuelo.

—S. O. ¡Sus iniciales! ¡Es él! ¡Oh, Señor...! ¡Oh...!

Con sus manitas enguantadas en piel de Suecia agarró las planchas erizadas de astillas con tal brusquedad que chocó con el farolillo, que cayó y se apagó.

—No tengo mi mechero —se lamentó el médico.

—Ya encenderá más tarde —dijo ella—. No perdamos el tiempo.

La punta de tela era todo lo que revelaba la presencia de un cuerpo enterrado. El bolsillo de Stéphen sobresalía de un montón de traviesas y de cascajos que debían de haber constituido el techo de un vagón. Rosine y su ayudante se pusieron a liberar al sepultado.

Trabajaban en la oscuridad. El hombre era robusto.

—Déjeme a mí —dijo—. Creo que todo esto va a ceder de una sola pieza...

Se afianzó. Se produjo un crujido y, como si ese crujido hubiera sido solidario con un mecanismo misterioso, en el mismo instante una luz resplandeciente, un brusco rayo de sol, iluminó las cosas. El proyector del tren de socorro funcionaba, dirigido hacia ellos.

Rosine retrocedió.

Liberado de los cascotes, surgido de los escombros, inmóvil y de pie, *un ser fantasmal, que no era Stéphen, clavaba en ella sus ojos*

cadavéricos. Su traje era de una blancura cegadora. Sus cabellos rojizos estaban peinados con ardientes rizos. Sus pupilas verdes, veladas por la muerte, incrustaban en el mármol blanco de su rostro dos esmeraldas apagadas. Su pequeña perilla, sus bigotes y sus cejas levantadas de manera singular le daban un aire mefistofélico. Estaba recto como una I. En las sortijas de sus manos brillaban amatistas. Y separaba los brazos como para prohibir que se tocara al compañero que recubría.

¿Qué compañero? Esta vez, Stéphen.

En cuanto llegó el tren de socorro, una tropa de camilleros y de trabajadores cruzó la vía. Se llevaron el cadáver del desconocido. Y al principio se pensó que a Stéphen había que tratarlo de la misma forma.

También él se había quedado de pie, pero abatido. Su muslo derecho formaba un ángulo inquietante. Enganchado por la axila a algún herraje, con los brazos retorcidos y la cabeza extrañamente desviada, parecía entregarse a una dislocación de hombre-serpiente. Sus párpados estaban cerrados y le chorreaba la sangre.

—¡Despacio! ¡Despacio! —recomendó el doctor a los que manejaban el pobre cuerpo.

Rosine, más muerta que viva, apenas se atrevía a tocarlo. Todo se desmoronaba para ella en medio de una consternación desesperada.

Echaron a Stéphen sobre una camilla.

—Está vivo, señora —dijo el doctor.

Rosine se fustigó para volver a la superficie de sí misma.

—¿Qué hacer? —balbució.

Sus inmensos ojos, inundados de luz, mostraban que eran azules y estaban desenchajados.

Pero el proyector giró. El médico, acucillado en la semioscuridad, palpaba al herido con toda suerte de precauciones.

Rojo de sangre de pies a cabeza, el infortunado Stéphen respiraba lo mismo que se ronca, con breves exhalaciones precipitadas que le levantaban las aletas de la nariz. Sus dos brazos

y su pierna derecha rotaban en todos los sentidos. Detrás de la oreja izquierda se abría un horrible hueco en el que los cabellos negros se mojaban como una esponja.

Con el quepis echado hacia atrás, el médico frunció el entrecejo.

—Habría que llevarlo de inmediato —dijo.

—Tengo mi auto allí.

—¡Alabado sea Dios! Démonos prisa. ¡Eh, dos porteadores!... ¡Va en ello la vida de un hombre!

El médico se puso al frente del pequeño cortejo. Rosine seguía la camilla como un furgón fúnebre. Se tambaleaba.

Pero, de repente, se enderezó en el espanto de una alucinación.

No era la única que seguía la camilla. *El muerto desconocido también la seguía.* Lo veía deslizarse en silencio, de espaldas, erogado entre ella y su marido en la inmovilidad suprema de su primera aparición, rígido y con los brazos abiertos, como para dar a entender con claridad que Stéphen le pertenecía. Solo que el difunto había perdido su blancura resplandeciente. En ese momento, era una forma negra que se interponía entre Stéphen y Rosine.

Esta hizo un esfuerzo con todo su ser y reunió todo su vigor. Apresurando el paso, horripilada por un terror valeroso, y arriesgándose al contacto de una sustancia inimaginable, tendió hacia el muerto una mano trastornada.